

PRÓLOGO

INTRODUCCIÓN SOBRE BERNÁCER, ESE DESCONOCIDO

Recuerdo que para llegar al Consejo Superior Bancario sito en Madrid en la calle del Marqués de Cubas, donde comencé a trabajar, en su sección de Estadística, en el año 1947, pasaba delante de la librería de Afrodisio Aguado. A veces colocaban en el escaparate libros de economía. Uno fue el de Germán Bernácer, *La doctrina funcional del dinero*. El director del Consejo era Luis Olariaga, un espléndido conocedor tanto de la teoría como de la política monetaria. Tenía entonces el puesto de catedrático de Economía Política en la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid, y me había pedido -y yo aceptado encantado-, que fuese ayudante suyo de clases prácticas. Un día le pregunté por aquel libro. La respuesta me pareció radical: "No pierda Vd. el tiempo con él. Bernácer no merece la pena".

Por otro lado, descubrí que en la biblioteca de esa institución se albergaba la colección íntegra de la Revista Nacional de Economía. En ella me encontré con la polémica desarrollada en España sobre el asunto de la peseta, desde 1927 hasta la Guerra Civil. Y allí, leí una crítica muy dura al Dictamen de la Comisión Patrón Oro, de Flores de Lemus, del que había oído maravillas en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas por parte del profesor Naharro y leído las glosas de Alberto Ullastres y de Vergara en Documentación Económica. Y he aquí que quien firmaba aquella crítica era Germán Bernácer que, además, me convenció.

Pero, además, allí, en el despacho que yo ocupaba, en las estanterías que lo rodeaban, estaba íntegra la colección de Económica. La tentación de consultar en ella artículos que había visto citados en cursos, y sobre todo, los relacionados, de algún modo, con la pelea de hayekianos y keynesianos, me atraía sobremanera. Y, de pronto, me encontré en ella con el famoso artí-

culo del año 1940, de Robertson, Una aportación española a la teoría de las fluctuaciones cíclicas. Lo leí apasionadamente, y a partir de entonces comprendí que Bernácer sí era un economista que merecía la pena.

He de confesar, también, que, por eso me dediqué a localizar escritos de Bernácer. Como no conocía nada de su vida, el primero, Sociedad y felicidad, me pareció el de un típico autodidacta que parecía pretender, al modo de Henry George, hacer con el capital, lo que hizo éste con la tierra. Pero por otras obras me daba la impresión —y no sólo por Robertson— de ser Bernácer un economista muy serio.

Hablé de él con otro de mis maestros, Manuel de Torres, Recuerdo que me dijo: —“Bernácer es un tipo raro; estudie alguna de sus obras, pero tenga plena conciencia de que debe ser manejado *cum mica salis*”.

Por eso, cuando se publicó el libro de Savall sobre Bernácer, lo devoré y, debe quedar claro, me decepcionó. Mientras tanto, me había dedicado, por mi cuenta, a despejar incógnitas sobre Bernácer, al que vi por primera vez sentado en una mesa del Servicio de Estudios del Banco de España. Le pregunté a Figueroa por él: —“Es un economista estupendo, pero muy humilde. Fíjese que le ofreció Castiella explicar en nuestra Facultad, y se negó. No le gusta ese protagonismo que tiene un profesor universitario. El explica Mercancías, una asignatura —su nombre había cambiado varias veces— que se dedica sobre todo a química y física, en la Escuela Superior de Comercio. Pero aquí, en el Servicio de Estudios, hace trabajos estupendos”.

Bernácer asistía a los ejercicios de los opositores a cátedras de Economía que solían celebrarse en el Caserón de San Bernardo. Lo recuerdo atendiendo con mucha atención y, en cuanto concluía el ejercicio, sin más que saludar levemente a algunos conocidos, desaparecía rodeando a los corrillos de asistentes a aquel acto.

Gracias a mis buceos sobre él, me fui enterando de que era alicantino; que había pasado por Bélgica, Alemania e Italia con una beca de la Junta para Ampliación de Estudios; que

había sido republicano, -“Si”, me dijo Federico Sopena. -“Fue de los amigos de Oscar Esplá, autor de un Himno rural a la República Española”. También me enteré de que había intentado, quizá para publicar artículos en El Sol, acercarse a Ortega. Éste, quizás influido por Olariaga, muy amigo del filósofo, lo rechazó. Se decía que la frase orteguiana había sido: -“Ya estoy harto de estos sabios autodidactas de provincias”.

Un buen día, me reuní a almorzar con el economista mexicano Javier Márquez, que pasaba unos días en Madrid. Incidentalmente me dijo: -“En plena batalla de Inglaterra estaba yo en Londres. Trabajaba, como becario, en la London School of Economics, con Robertson. Para escapar de los bombarderos, nos evacuaron a Oxford. Ayudé a mi maestro a recoger papeles y libros de su despacho. En esto, encontró un folletito y me dijo: -“Mire usted, esto me lo han enviado, creo que hace una porción enorme de años. Como está en español, que no conozco, naturalmente no sé lo que dice. Como ejercicio complementario, para mejorar su inglés, ¿le importaría traducírmelo?” Así lo hice, y cuando se lo llevé, lo leyó y me comentó que lamentaba no haberlo conocido antes”. Ahí estaba, para Márquez, la raíz del artículo en Económica. Creo, honradamente, que al autor de Money le apetecía lanzar un flechazo a Keynes, porque la fama de éste, que también era, como él, discípulo de Marshall, comenzaba a parecerle, seguramente, excesiva. Naturalmente, el ámbito no keynesiano, se regocijó con este artículo. Los elogios de Haberler en la versión española de Prosperidad y Depresión así se explican muy probablemente. Honradamente no creo que influyese para nada en Keynes. A éste le encantaba - recordemos sus citas de fuentes no habituales en el ámbito científico inglés- señalar que debía dónde a nadie se le ocurría hacerlo. No hubiera despreciado citar a Bernácer.

Participó, por eso, en la conmemoración que se celebró con motivo de su centenario en Alicante y allí tomé muchas notas de las diferentes personas que intervinieron. Con ellas escribí un trabajo que se publicó en El Trimestre Económico.

Esperaba, a pesar de eso, encontrarme con un libro que me aclarase puntos clave de la vida de Bernácer, pero que también se ocupase, con profundidad, de sus aportaciones teóricas. En esta obra del profesor Villacís no sólo se ofrecen ambas cuestiones de un modo impecable, sino que, además, se profundiza sobre el grupo o círculo de Alicante, de muy finos intelectuales y artistas. Recordemos la talla de Esplá, de Gabriel Miró, de Emilio Varela. Los grandes acaban por tener, efectivamente, cada uno su Bloomsbury. Cuando Bernácer cerró su producción como economista, al producirse su jubilación en el Banco de España, se retiró a Alicante hasta su muerte en 1965. No volvió a publicar nada. Más de una vez he dado vueltas sobre este silencio alicantino de Bernácer. ¿Sería una muda acusación a los economistas españoles por no haberlo reconocido como gran maestro? Quizá, sin embargo, sucedía lo que se lee en las *Mis Memorias*. Historia de mi vida y mis ideas de John Stuart Mill, en sus últimas líneas: “Después de esta época (de fuerte actividad) han pasado en mi vida pocas cosas que sea necesario consignar aquí... Gocé otra vez de placer de la vida del campo en el Mediodía de Europa”.

Pero, algo más de cuarenta años tras su fallecimiento, Bernácer ya no será para el mundo de los economistas y gracias fundamentalmente al profesor Villacís con este libro, y con su antecesor, *El origen de la macroeconomía en España. La polémica Keynes-Bernácer*, ese desconocido que fue para los que nos acercábamos a él, confusos, dubitativos, a partir de 1947.

Palacio de La Granda (Asturias)
31 de julio de 2006

JUAN VELARDE FUERTES
Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales
Premio Jaime I de Economía
Premio Rey Juan Carlos 2002